

Gálatas 4:4-7

Domingo después de navidad, 1992

“Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiéramos la adopción de hijos. Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: «¡Abba, Padre!». Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo.” (Galatians 4:4–7, RVR95)

Dar regalos en la Navidad es una costumbre que a veces hace a las personas, especialmente los niños, olvidar el verdadero significado de la Navidad. Todo se reduce a lo material, a lo que yo he recibido. Tal vez inclusive entra la comparación con lo que otros han recibido, y la persona puede sentir un orgullo porque recibió más que otro, o tal vez sentir lástima por uno mismo porque recibió menos que algún pariente o amigo.

Ya ha pasado el día mismo de la Navidad. Muchos tal vez ya habrán quitado los adornos de la Navidad, y lo que había de espíritu navideño se queda en el olvido hasta el próximo año. Pero la iglesia cristiana no ha terminado de celebrar la Navidad. Para meditar en las grandes cosas que han sucedido en la primera Navidad dedica toda una estación, desde el 24 de diciembre hasta el 6 de enero. ¿Por qué una celebración tan prolongada? Porque no basta un día o dos para contemplar el gran regalo de Navidad que Dios nos ha dado. El regalo es tan grande y sublime que realmente una vida no es suficiente para apreciarlo debidamente. Hoy, con la ayuda de nuestro texto, queremos pensar un poco del mayor regalo de Navidad. En primer lugar, vemos quién lo da.

A esta pregunta, nuestro texto contesta que Dios mismo lo da. Nuestro texto nos dice que "Dios envió a su Hijo". Pero ¿qué es lo que implica esto, que Dios mismo da este gran regalo de navidad? Significa que Dios mismo estaba bien dispuesto hacia los a quienes da este regalo. Es un reflejo del cuidado y amor que tiene para con los que reciben el regalo. Uno no da los regalos, sobre todo no los regalos grandes y costosos, a uno a quien no le importa nada, a un extraño escogido al azar, sino a

los seres queridos, a los que uno aprecia, a los por quienes se siente gran cariño. Esto es el caso aquí también. El que Dios da

un regalo de la magnitud de que nuestro texto habla tiene que indicar su amor y cuidado por los que serán los que reciben un regalo tan grande. Esto es también lo que dice el Evangelio de San Juan, cuando dice "De tal manera amó Dios ..., que dio".

Lo hace en el cumplimiento del tiempo. Se nota esto también en el hecho de que el momento de dar este regalo fue preparado con sumo cuidado. Desde el principio este regalo había sido predicho. Adán y Eva oyeron de este regalo. A Abraham le fue prometido, y luego a David y Salomón. Los profetas repetidamente agregaron detalles acerca de este regalo, todo para que los que iban a recibir el regalo estuvieran a la expectativa de la llegada del regalo, así como un padre de familia puede dar pequeñas pistas a sus hijos para que adivinaran algo de la naturaleza de su regalo. Sin entrar hoy en detalle en considerar la frase "cuando vino el cumplimiento del tiempo", seguramente implica que este regalo no fue algo improvisado, sino algo largamente planeado y hecho con la mayor consideración, para que fuera exactamente lo adecuado para los que lo recibirían.

¿Y quiénes son los que lo reciben? Nuestro texto contesta: A los que estaban bajo la ley. Esto, en primer lugar, habla de los judíos. Como una disciplina externa y para ser un ayo para llevarlos a Cristo, Dios les había dado la ley. La ley servía varios propósitos. En sí era buena, como la expresión de la santa voluntad de Dios. Pero la ley de Dios, al confrontarse con el hombre pecador, fue incapaz de dar vida o dar ninguna fuerza al hombre. Todo lo que pudo hacer era amenazar a los que no obedecían con castigo, y prometer vida solamente a los que la cumplían perfectamente. Los judíos laboraban bajo esa ley, que les mostraba sus pecados.

Pero los judíos no son los únicos que estaban bajo ley. También los gentiles tenían ley. Si bien no la ley escrita de Moisés, todos tenían la ley de Dios escrita en sus corazones. La voz de la conciencia era un testimonio a esta ley. Pero no era algo capaz de salvarlos. Más bien, la voz de la conciencia condena a todos los hombres, de modo que todos se quedarán sin excusa delante del juicio de Dios.

Así es que la ley tenía a todos, judíos y gentiles, en esclavitud. En Romanos Pablo dice: "Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios; ya que por

las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él". Y en esta misma Epístola a los Gálatas Pablo dice: "Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas".

¿A quiénes se aplica esta maldición? Santiago contesta: "Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos". ¿No has matado? Bien, pero tal vez hayas mirado con codicia a la señorita bonita en la calle, o al cantante en la televisión. ¿No has usado el nombre de Dios en maldiciones? Bien, pero tal vez hayas chismeadado y dañado la reputación de otro. ¿No practicas la idolatría abierta? Bien. Pero tal vez has amargado la vida de otro con trucos o palabras crueles.

¿Cuál niño aquí se atreverá a decir que siempre ha sido perfectamente obediente a sus padres, y que lo ha hecho siempre de buena voluntad, o que siempre ha sido respetuoso con sus profesores? ¿Cuál adulto casado podrá decir que nunca ha permitido ni ninguna palabra áspera y desconsiderada escapar de su boca que hiriera a su cónyuge? La lista de preguntas podría seguirse sin fin. Y si a una sola de esas preguntas tenemos que contestar: sí, lo hice, soy culpable, estamos perdidos, estamos condenados, somos reos de fuego eterno. Eso es lo que significa estar bajo la ley. En sí, este conocimiento solamente podría llevarnos a la desesperación. Estar bajo la ley quiere decir que no hay remedio en nosotros mismos. Sin embargo, precisamente cuando se nos echa en las mismas profundidades del infierno con esa frase, "a los que estaban bajo la ley", allí también comienza nuestro consuelo. Porque es precisamente a los que estaban bajo la ley, a los que estaban sin fuerzas, a los que estaban perdidos y condenados, que Dios da su maravilloso regalo de navidad.

Envía a su Hijo. Luego este regalo es Dios mismo. El hijo tiene la misma naturaleza de su Padre. Los judíos querían en una ocasión matar a pedradas a Jesús, precisamente por llamarse Hijo de Dios. Esto, dijeron, era hacerse igual a Dios.

Existía antes de venir. El hecho de que Dios lo envió demuestra que existía antes de su venida. Esto concuerda también con lo que dice Juan: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con

Dios, y el Verbo era Dios ... Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros".

Tiene mayor gloria que todos los ángeles. La grandeza de este regalo de Navidad puede verse de un pasaje de Hebreos: "¿A cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy". Todo el primer capítulo de Hebreos demuestra que Jesús es mayor que todos los ángeles, los más sublimes de las criaturas de Dios. Es el gran y glorioso Dios mismo que viene como nuestro gran regalo de Navidad. Pero no se ve en la Navidad esta gloria.

Lo da como hombre humilde. Es nacido de mujer. De esta manera el Hijo de Dios se hizo un verdadero ser humano. Son seres humanos los que nacen de las mujeres, así que el Hijo de Dios ahora tiene verdadera carne y sangre.

En todo es hecho semejante a nosotros, salvo sin pecado. ¿Pero qué es lo que esto demuestra? ¿No es que a pesar de la ira y la condenación que la humanidad ha merecido, Dios no odia ni rechaza a la humanidad? Al contrario. Quiere salvar a los hijos de los hombres. Con este motivo él tomó nuestra carne y habitó entre nosotros. ¿Qué otro fin puede tener por nacer y sujetarse al frío de las noches de Belén, rasparse por la paja en el pesebre, sentir hambre y sed como nosotros, y todo lo demás que pertenecía a su verdadera naturaleza?

Este propósito se hace aun más claro cuando vemos la otra frase de explicación de Pablo. Cristo es puesto bajo la ley. Como Dios, el autor de la ley, era libre de la ley, no estaba bajo ninguna obligación a ella. Sin embargo, se sujetó voluntariamente y el Padre lo sujetó a la ley. Aceptó la obligación de cumplir con todo lo que la ley exige. A nosotros Dios nos había impuesto la obligación de rendir una perfecta obediencia a su ley. Pero no lo pudimos hacer.

Por eso nuestra situación desesperada bajo la ley. Pero aquí se presentó uno para cumplirla. Uno que tenía nuestra misma carne y sangre, un hombre como nosotros, pero al mismo tiempo Dios mismo para dar valor infinito a su obediencia. Jesucristo cumplió con toda justicia, por nosotros, así proveyendo un manto de justicia suficiente para encubrir y perdonar todas nuestras injusticias. No sólo esto, a pesar de ser santo e inocente en toda su conducta y pensamientos, sufrió el castigo que por derecho pertenecía a los pecadores. Aceptó el amargo sufrimiento, la muerte, las penas del infierno, que eran la suerte

de los que habían violado la ley. Y todo esto nos da a entender para qué lo da.

Lo da para redimir a los que estaban bajo la ley. Fuimos nosotros los que estábamos bajo la ley. Fuimos nosotros los que nos habíamos hecho sujetos a la ira y el castigo de Dios. "El alma que pecare, ese morirá". No es el santo e inocente que está sujeto a esos castigos. Sin embargo, el Hijo de Dios hecho hombre murió. Aceptó la carga de nuestro pecado y la pena en que habíamos incurrido. Fue nuestro Substituto. Y todo esto fue hecho para que nosotros recibiéramos el estado de hijos.

Con este fin envía el Espíritu para dar testimonio. Pablo afirma que los que son hijos de Dios son los que tienen fe en este Niño que nació en Belén, Pero nadie puede llamar a Jesús Señor sino por el Espíritu Santo. Así es que por medio de su palabra el Espíritu Santo mismo obra la fe en nuestro corazón para que tengamos realmente el estatus de hijos de Dios.

Con esto también recibimos todo derecho a la herencia de hijos. Si somos hijos de Dios también somos herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo. ¿Ven cuán grande es este regalo que tenemos de Dios en este Niño que nace en Belén en la primera Navidad? En él tenemos el perdón de los pecados, la vida y la salvación. En él tenemos la perfecta justicia de aquel que cumplió la ley por nosotros. En él tenemos derecho a entrar en el cielo de donde él vino para que nosotros tuviéramos la adopción de hijos. Verdaderamente, tenemos toda la razón de seguir teniendo el gozo navideño siempre. En Cristo tenemos el más grande regalo de Navidad. Amén.